

Reseñas

En todo caso, creemos que la propuesta del profesor Cubillas debe tenerse en cuenta al contener, según nuestro criterio, los elementos necesarios para ser concebida como una propuesta equilibrada y de consenso. Lo que no parece poco.

Fernando Américo Cuervo-Arango

ROMERALES, ENRIQUE, *Concepciones de lo divino. Introducción a la Teología Filosófica*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma, 1997. (Documentos de Trabajo, 18.) 202 pp.

El profesor Romerales trabaja desde la época de su tesis doctoral en el amplio dominio de la *philosophical theology*, en el que no es exagerado situarlo como el más conocido y fecundo autor español —lo que no quiere decir que las actividades científicas de este investigador se restrinjan exclusivamente al ámbito mencionado: por ejemplo, casi en simultaneidad con el libro que comento, ha publicado otro dedicado al *Pensamiento británico hasta la Ilustración*—.

Concepciones de lo divino es la primera parte de un manual que deberá constar de dos. En esta primera, la temática es la paralela —actual— de la que en los viejos tratados de teología natural escolásticos o racionalistas era abarcada bajo el título *los atributos divinos*. Precisamente en la moderna teología filosófica —tal es el nombre de la materia a la que quiere servir de manual el trabajo de Enrique Romerales— no se parte de la suposición de la existencia de Dios, ni aun de ninguna realidad divina. En consecuencia, el estudio de las diferentes concepciones de lo divino no sólo no se atiene a ninguna tradición religiosa, sino que procura ser una elucidación del concepto mismo de *lo divino* considerado como previo tanto a la admisión de que esté satisfecho por algún ente, cuanto a la existencia histórica de ninguna religión. (El análisis de las pruebas y contrapruebas de la existencia de Dios, los dioses o lo divino se reserva a la parte segunda de la teología filosófica, sobre la que hasta el momento había publicado preferentemente el profesor Romerales.)

La estructura de esta primera parte del tratado es la siguiente: en primer lugar se estudian el lenguaje religioso en general y el teológico en particular. El autor es partidario de distinguirlos más tajantemente que como se diferencian el género y la especie, y ello es perfectamente consecuente con su posición más característica, ya que la misma independencia de algo así como la teología filosófica supone una distancia profunda entre su lenguaje peculiar y cualquier lenguaje propiamente religioso. Cabe observar que ya aquí se descubre el mismo centro del debate en torno a la teología filosófica. Una gran parte de la filosofía de la religión —representada, por ejemplo, muy destacadamente en España por Juan Martín Velasco— no admite el supuesto fundamental de la teología filosófica, a la que reprocha olvidar que el lugar vital de las expresiones referentes a lo divino no es el pensamiento, sino el especial ámbito del mundo de la vida marcado por la diferencia *sagrado-profano*. Y en tal forma, que el sentido pleno de esas expresiones se pierde fuera de ese territorio.

En segundo lugar analiza Romerales a «Dios como sujeto de los enunciados teológicos» y los predicados que configuran, junto a ese sujeto, los enunciados

Reseñas

característicos de la teología filosófica. De hecho, sólo se puede fijar la referencia de *Dios* acudiendo a los predicados en cuestión. Pues *Dios* es a la vez una clase y un individuo: una clase que necesariamente sólo puede tener un individuo, y en estas circunstancias hay que pensar que el uso como predicable de esta palabra es lógicamente previo a su uso como nombre propio —si bien éste es cronológica, fenomenológica y existencialmente anterior, según reconoce el autor en p. 59, aclarando así, de paso, lo que acabo de llamar su supuesto fundamental—.

El estudio particularizado de los predicados se hace dividiéndolo en tres tiempos: el concepto transcendental de Dios, los predicados naturales y los morales; o lo que es lo mismo, según la serie: unidad, necesidad, infinitud y eternidad, en primer término; luego, omnisciencia y omnipotencia; finalmente, justicia y bondad sumas. Aun siendo de mucho valor los anteriores capítulos, creo indudable que éstos dedicados a cada uno de los atributos de la divinidad serán los más útiles —y lo serán en grado extraordinario— para todos los estudiosos. En ellos despliega Romerales un conocimiento muy exacto de la historia filosófica y los frutos de su larga familiaridad con la literatura en lengua inglesa que está revitalizando, desde las bases de la filosofía del análisis lingüístico, los temas que cultivaron por largos siglos los escolásticos y los que Kant llamó metafísicos dogmáticos. Pero lo que más agradecerá cualquier lector de este excelente manual es la claridad rigurosa de la argumentación en cada página. Aunque su desacuerdo con la posición global del tratado pueda ser grande —como es incluso el caso de este recensor—, gozará siempre de filosofía: un privilegio que no se obtiene con facilidad de los libros en los que se espera hallarla hoy.

Naturalmente, *Concepciones de lo divino* es tanto una introducción a muchos problemas ontológicos capitales como a la disciplina filosófica para la que está pensado como texto. De este modo, el autor procede con tanta lógica como seguridad tajante en sus soluciones, aunque debe continuamente tomarse ciertas cautelas, debido a que no pasa por alto que estas soluciones suponen otras tantas en los más delicados asuntos de la teoría del conocimiento y la metafísica, que precisamente no son abordados en su libro. Creo que el contacto cada vez más amplio con la historia del pensamiento —y no precisamente en último lugar de la teología— dará aún más sutileza a los análisis del autor en el futuro. Por ahora, Romerales abre sus planteamientos, en los dos capítulos finales, a una primera confrontación con las concepciones hindúes y budistas de lo divino; pero apenas quedan para ésta, propiamente, más que cuatro páginas, a todas luces cortas. En buena medida, es debido a que el hilo argumental del tratado es probar que el teísmo, lejos de ser incoherente, es la menos lógicamente problemática de las tesis filosófico-teológicas posibles; pero hay poco teísmo en Oriente —y decididamente muy poco teísmo moral, que es la postura adoptada por el autor al final de su trabajo sobre los atributos divinos—.

En España la voz de Romerales está apenas acompañada por unas pocas más. Son escasísimas las tesis doctorales que se han dedicado entre nosotros a Plantinga,

Reseñas

Hick, Kenny, Swinburne o Mackie. Es indudable que el debate filosófico y el teológico se verían reanimados si esta situación mejorara. Cabe esperarlo de la labor docente del autor de *Concepciones de lo divino*.

Miguel García-Baró

BUTLER, E. M., *El mito del mago*, Cambridge University Press, 1997, 379 pp.

Aquél que empieza a aficionarse por la mitología queda deslumbrado, en un primer momento, por el brillo de las historias maravillosas que narran los viejos mitos. Después, comienza a percibir que le implican, porque le hablan de cómo el mundo vino a ser, de cómo vino a ser el hombre, de sus grandezas, de sus miserias y de todo lo que le relaciona con el universo en donde se proyecta y desarrolla. Poco a poco, descubre la formidable diversidad de estos relatos. Profundizando en su afición, se va interesando por los mitos que no pertenecen a su entorno inmediato y, al traspasar esa frontera, intuye, entre la disparidad aparente con la que se presentan, una extraña y esencial semejanza. Entonces, comprueba que esta naturaleza afín de los mitos, representada a través de tan distintas formas, le ha llamado ya la atención a los más eminentes especialistas —a Jung, el psicólogo de las profundidades; a Éliade, el historiador de las religiones; a Lévi-Strauss, el antropólogo estructuralista; a Durand, el Linneo del imaginario; a Frazer, a Graves, a Campbell y a tantos otros—. De distintas maneras, todos vienen a decir lo mismo: si el mito es la respuesta al mitologema —a toda pregunta que se plantea el hombre y que no tiene contestación desde el positivismo científico—, y los mitologemas no son muy numerosos —Durand los reduce a cuatro: los misterios de la vida, el amor, el sufrimiento y la muerte—, resulta lógico, sobre todo si se defiende la teoría junguiana de un inconsciente colectivo, que las respuestas a las mismas preguntas sean, en el fondo, bastante similares.

Pero hay a quienes no nos convence del todo este argumento aunque no lo rechacemos; precisamente partiendo de él, intentamos ir un poco más lejos. Entendemos el origen y la evolución de la mitología de forma similar a como entendemos el origen y la evolución del universo la teoría del Big-Bang. Igual que el cosmos, tal y como hoy lo conocemos —en su múltiple y vertiginosa extensión de galaxias conteniendo cada una de ellas miles de millones de estrellas que siguen alejándose las unas de las otras bajo el impulso de una explosión original— pudo estar contenido, hace quince mil millones de años, en una *unidad* primigenia, es decir, fue uno para, después del gran estallido, ser múltiple y en continua expansión; de la misma manera, y siguiendo las últimas tendencias de la paleontología, la etnografía, la historia de las religiones y la mitología, podemos aventurar que, en los albores de nuestra especie, también hubo una unidad de sistema religioso y, por lo tanto, mítico: la que reposaba sobre la creencia en una diosa, creadora de todo lo existente, lo que atestiguan las primeras muestras del arte —que son, a la vez, los más antiguos vestigios, que han llegado hasta nosotros, de la religiosidad del ser humano— y las primeras mitologías. Ambas cosas fueron una en el inicio.